

3

**Reseña
de Libros**

¿DE QUE TRATA LA HISTORIA DE LAS CIENCIAS SOCIALES?*

Jonathan Molinet

Las "ciencias sociales" están constituídas por una articulación compleja de proposiciones cognoscitivas, tesis filosóficas y posiciones políticas. La naturaleza de esta articulación, al igual que la de cada uno de sus componentes y de los efectos que ella produce, forma un cuestionario que está por resolverse. Estas "disciplinas", que se despliegan como un conjunto de saberes contradictorios acerca de distintos aspectos de la hegemonía, están constituidas también por un conjunto de prácticas específicas que apuntan a formar la voluntad política. Prácticas complejas —enseñanza, administración, gobierno, cura que tienen lugar en, por y contra aparatos sociales. Más lejos, podría sostenerse que estas "ciencias" tienden a ocupar un sitio contradictorio dentro de la misma hegemonía. Hoy, a nuestro modo de ver, la investigación de la naturaleza de las "ciencias humanas" tiene que buscar explicación de su *eficacia diferencial* —tomando en cuenta esta estructura práctico-discursiva— dentro del proceso de conjunto de la reproducción y de las formas contemporáneas del Estado.

DISCURSOS Y RAZON POLITICA

Presentaremos, en esta oportunidad, dos investigaciones distintas que contribuyen al planteamiento o solución de algunas de las dificultades de la investigación

* Proponemos aquí una lectura particular de *Land, labour and economic discourse*, (London, 1978) y *La ragione politica. Saggio sull'intelletto europeo* (Bari, 1981) por K. Tribe y N. Auciello, respectivamente. A pesar de su forma, las notas que se juzgarán enseguida son un material de trabajo en el Área de Estado y Política Económica del Departamento de Economía.

propuesta. Estudiando el discurso económico, Keith Tribe efectúa el análisis específico de la constitución conceptual de ese discurso como tal: una manera de interrogar, argumentar y responder. En una perspectiva distinta, Nicola Auciello estudia, a lo largo de este siglo, los cambios en el análisis sociológico, económico y filosófico de la hegemonía y de la democracia, después de las múltiples modificaciones que siguen a la obra de K. Marx y a la posibilidad para la clase obrera de romper con las condiciones que hacen del trabajo social una mercancía.

¿Cómo, a principios del siglo pasado, llegó a reconocerse una "nueva formación discursiva cuya estructura está constituida por una conjunción específica de los conceptos de capital, ganancia, intercambio, producción y distribución"? Para K. Tribe, la solución de este problema implica asumir la irreductibilidad del orden discursivo al orden real: la relación entre las formas del discurso económico y los argumentos políticos no son de constitución o derivación recíproca, aunque pueden combinarse; a su vez, las relaciones entre los procesos de la historia económica y los problemas o categorías de los discursos no son vínculos de transposición o reflejo simple de los primeros en los segundos. Hay que reconocer y estudiar por sí misma la lógica propia de un procedimiento de explicación que está regido por leyes conceptuales estrictamente intradiscursivas.

En el desarrollo de este planteamiento puede aparecer la índole más abstracta de una forma histórica de la *economía*: un discurso, una estructura conceptual, singularizada por el sistema de relaciones demostrativas que se establece entre sus categorías y los objetos de análisis que produce; que, además, es capaz de darse a sí misma las condiciones de existencia y de transformación de sus propias categorías. Una "forma discursiva que constituye a los agentes económicos por medio de exposiciones teóricas concernientes a la producción y distribución de mercancías".

El procedimiento analítico propuesto por K. Tribe (KT) consiste en examinar los procesos de formación y disolución de formaciones discursivas. Este examen no corresponde a una "historia" entendida como sucesión cronológica a partir de un origen que contiene, en secreto, su fin. KT interroga las "historias" de la economía: "¿qué es la historia de una historia de la economía? ¿qué es lo histórico respecto a las historias que se producen en esos escritos?" Doble interrogante que separa a KT de tales "historias", para ir a buscar lo específico de la constitución del discurso económico fuera del racionalismo simple o del naturalismo implícito.

Como las categorías económicas no están dadas de antemano en tanto tales categorías, es menester analizar y explicar las condiciones específicas y cam-

biantes de lectura y de escritura que determinan directamente la constitución de las formaciones discursivas donde semejantes categorías actúan entrelazadas según leyes discursivas donde semejantes categorías actúan entrelazadas según leyes discursivas. No hay cronología teleológica, tampoco origen autoral. Hay que buscar, para determinarla en sus condiciones de permanencia y de transformación, la lógica propia que hace posible una categoría dentro de una estructura conceptual.

Otra cosa es investigar la coincidencia de hecho entre las vicisitudes de la cultura europea del siglo XX y la mutación de las formas de hegemonía. Coincidencia de unas respuestas e interrogaciones con las modulaciones del proceso de modificación moderna de lo político. El estudio de este hecho, a juicio de N. Auciello, permite tematizar algunas de las cuestiones "más sutiles de la estructura del Estado capitalista moderno", debido no sólo a los temas de la cultura política contemporánea, sino también a la posición que ocupa hoy el intelecto social, es decir la índole actual de la cultura. En términos generales, N. Auciello pregunta "¿qué fisonomía nueva y determinada asumen los temas de la hegemonía y de la democracia de la 'crítica' de Marx ha puesto en el centro de la estructura de nuestro tiempo histórico, después de las grandes innovaciones ocurridas en los territorios de lo político, de la ciencia, de la crisis?"

Esta interrogación pone en juego varias dificultades. Una de ellas es la relación precisa entre los lenguajes diversos de las disciplinas que conforman nuestra cultura y los procesos políticos propiamente dichos. Esos lenguajes en su complejidad específica expresan el hecho de que nuestra cultura responde a una exigencia política básica, la transformación de las formas de hegemonía.

Mediante una lectura particular del paso de K. Marx a M. Weber, N. Auciello (NA) destaca las transformaciones políticas que son correlativas de la separación entre agentes y medios existentes en el ámbito de la producción y reproducción de la vida material. En particular, la constitución de la *profesión* como uno de los rasgos distintivos del nexo contemporáneo entre el Estado, la economía y la cultura. El ejercicio del poder, desde la administración empresarial hasta la administración gubernamental, aparece como un proceso de racionalización, cuyo ejercicio es el efecto de una *vocación* que se apoya en una *renuncia* específica —al interés particular y a la ética de la convicción— y que se funda o se verifica en la *obtención de resultados* como única prueba.

De esta suerte, la burocratización inseparable de la profesionalización y especialización, desemboca o soporta una mutación de las formas de hegemonía: el ejercicio del poder aparece, en este campo, como un proceso autolegitimado y legitimador, un efecto de la ciencia y de la renuncia, una racionalización que se remite exclusivamente a sus resultados.

Las ciencias sociales constituyen, simultáneamente, una parte de este proceso y un lugar donde el mismo proceso se dice y se piensa. Parte del proceso en tanto existen "formas especiales de soldadura de ciencia y práctica social" en cuyo interior se realiza la función intelectual —como vocación— ligándose a las exigencias que dimanen de las transformaciones políticas. Estas exigencias, sin embargo, actúan indirectamente siguiendo caminos muy complejos.

En los lenguajes de estas disciplinas, además, las mutaciones políticas son pensadas. Esto es, la sociología, la economía y la filosofía —en sus dominios específicos— tratan de explicar las mutaciones en cuestión, incluyéndose a sí mismas. En este sentido, amplio y complejo, NA establece una relación de expresión entre los temas que ocupan a nuestra cultura y el proceso de dilatación discontinua que caracteriza a lo político moderno.

Volvamos un momento a algunos temas de las ciencias sociales. Después de K. Marx, se trata de los problemas relativos a la naturaleza del capitalismo, sobre todo el contenido y los alcances de los cambios adaptativos con que ha venido enfrentando las exigencias que recorren su historia. Estas discusiones, como lo muestran algunos de los textos releídos por NA, son inseparables de las que se ocupan de la índole del socialismo, particularmente los problemas suscitados por el paso del capitalismo al socialismo y los efectos del socialismo, sea éste lo que sea, dentro del capitalismo.

Este es el caso, entre otros, del análisis de la racionalización y del espíritu del capitalismo en Occidente, que es también la búsqueda de una respuesta acerca del carácter y de las consecuencias resultantes de los cambios ulteriores a la aparición del proletariado como clase que puede disputar el poder y cuyas acciones afectan ya los procesos de conservación/transformación del mundo capitalista. Está en discusión la posibilidad, la forma y las consecuencias de componer los nuevos conflictos sociales, al mismo tiempo que se efectúa un considerable trabajo intelectual para elaborar un discurso capaz de explicar válidamente los cambios y detectar las tendencias previsibles.

Es el caso también en la teoría económica. Las intervenciones de J.A. Schumpeter, M. Kalecki y J. M. Keynes que, sin abandonar la teoría neoclásica o la teoría cuantitativa, formulan conflictivamente los problemas relativos a las conexiones entre la política y la economía que distinguen al capitalismo moderno. Esta dificultad general subyace al análisis del motor del desarrollo, del curso y condiciones de la acumulación contemporánea, y de la necesidad y modalidades de la política económica. Al igual que en la analítica sociológica, estos productos de la *analítica económica* están orientados por el designio de llegar a una teoría relevante y válida de su objeto.

Al mismo tiempo, decíamos, está en debate la cuestión del socialismo. ¿Una

suerte de socialización —criticable por irrealizable— fundada en cierta ideología del trabajo que busca generalizar el cálculo natural como regla de una distribución equitativa? O bien ¿es un resultado inevitable de las modificaciones en la dinámica misma de la acumulación moderna, esto es, un cambio relativamente profundo del capitalismo como tal?

No se trata únicamente de los temas, de las ciencias sociales, se trata de ellas mismas, y se trata también de la filosofía. Los cambios correspondientes al lugar que ese saber ocupa le confieren, junto con el resto del saber moderno, el "rango de un poderío productivo autónomo". En este contexto, piensa NA que es posible interrogar a la epistemología. Tomando el caso de los debates neokantianos en torno a las tesis de E. Mach, todo ocurre como si la epistemología tuviera que reflexionar "el orden de las ciencias a partir de su incidencia específica en la estructura de lo político". De otra manera, una vez establecida la autonomía de las ciencias, es decir la existencia de un poder específico autonomizado en el interior mismo de lo político, se comienzan a tomar posiciones sobre los procedimientos operativos de las distintas disciplinas y la forma de su pertenencia al dominio de la ciencia.

En el campo de las ciencias sociales, desde la época de W. Dilthey, junto con un replanteamiento significativo de la cuestión del Estado y la apertura del problema relativo al carácter de las ciencias del espíritu, asistimos a una disputa de método donde la teoría del conocimiento tiene que atender las ligas que unen lo político con la cultura. Una de las soluciones propuestas será relativizar las posiciones meramente cientificistas y en excluir toda valoración del discurso teórico, esto es conforme a la lectura de NA, formular sin más la posición de esos discursos como lugares donde se ejerce el poder.

La conjunción de problemas a resolver discursivamente y la existencia de procesos de mutación política que abarcan a los mismos discursos, vuelve razón política a aquella que interroga y responde dentro de los procesos mismos. El examen de esta conjunción permite, según NA, "reconstruir la aventura entrecruzada de lo político y del intelecto social". Puede elaborarse esta reconstrucción porque los diversos textos escrutados por NA son puestos en relación con la historia política tal como ésta se dice en esos textos.

La reconstrucción propuesta es necesaria para estudiar "la disposición moderna del intelecto social" que está entreverada en un proceso de dilatación de lo político como resultado de su integración en las formas de los aparatos sociales donde cristalizan las relaciones de fuerza que constituyen el poder. En fin, la reconstrucción se funda en la existencia de este "retículo de conexiones discontinuas" que permite el desplazamiento de los distintos sistemas conceptuales hacia la política.

Siguiendo los espacios conceptuales que son propios de cada una de las disciplinas del saber contemporáneo, puede encontrarse en ellos "un mapa del subsuelo de lo político", un mapa de las fuerzas múltiples y heterogéneas que sostienen el ejercicio de la política, en particular las formas del gobierno; mapa que contiene también una localización precisa de la misma cultura moderna y de la unidad que constituye con la política. La investigación de NA puede leerse como "una teoría de la composición 'política' de las funciones intelectuales".

La investigación reconstructiva del subsuelo de lo político se concibe a sí misma como una parte de la teoría estricta del Estado capitalista moderno. La explicación de la retícula que une lo político con la cultura lleva al estudio de las formas actuales de ejercicio gubernamental. Específicamente, siguiendo la temática de las ciencias sociales y de la filosofía desde este punto de vista, se hace necesario reconsiderar el carácter de la democracia. De W. Dilthey a J. M. Keynes, de K. Marx a M. Weber, si el Estado y la cultura tienen el perfil que hemos entrevisto, el carácter y el futuro de la democracia están forzosamente en discusión, pues la forma y comportamiento de la "crisis" hacen de hilo conductor.

Volvamos al comienzo. Poniendo aparte las diferencias obvias entre KT y NA, en nuestros propios términos, parece claro que ambos libros contienen resultados importantes para avanzar en la explicación de la eficacia diferencial de las ciencias sociales.

Aclarar el carácter de las ciencias sociales no es empresa fácil. Hay que polemizar con dos formas de la "autoconciencia" distintiva de semejantes disciplinas: cierta toma de posiciones epistemológicas y algunas prácticas "históricas". La primera gobierna su presente proporcionándoles una representación de sí mismas que las conduce a reclamar para su elaboración, lugar social y resultados, el título eminente de "ciencia". La segunda es un efecto de la primera: defender y justificar el uso del título produce, entre otras consecuencias, unas "historias" o relatos con forma de sucesión cronológica que se reducen a proyectar el presente reclamado en el pasado.

El derecho al título queda como una cuestión abierta. En todo caso, se trataría de averiguar la necesidad política y discursiva de la pretensión. No es el caso con las "historias" que engendra. Estas tienen que ser rechazadas porque bloquean el examen de la autonomía irreductible del hecho discursivo, bloquean la investigación de los principios de su eficacia: el discurso posee en sí mismo normas específicas de validación. Porque bloquean el examen apropiado de las condiciones de formación y disolución de una formación discursiva: un discurso no es expresión, es preciso indagar dónde se produce, cómo y qué interroga,

cómo responde, hay que indagar cómo se entrevera activamente en las batallas político-ideológicas.

Las "historias" tienen que desmontarse y desplazarse, ciertamente. Por una parte, para dejar sitio al análisis específico de la constitución y disolución de formaciones discursivas específicas. Como en el caso de la "economía", el esfuerzo analítico busca identificar las condiciones discursivas que hacen existir y cambiar un saber. Así, la pretensión de cientificidad será efecto de una articulación conceptual fechada. Por otra parte, el desplazamiento aludido permite establecer que las ciencias sociales poseen historia propia puesto que poseen legalidad autónoma.

Comenzamos a explicarlas cuando releemos sus textos para establecer el conjunto de condiciones que hacen posibles las categorías que despliegan, cuando renunciamos a considerarlas como expresión directa o como susurro anticipado de la ciencia, y nos ponemos a identificar los desplazamientos y cambios que resultan de su utilización en luchas político-ideológicas particulares tomando en cuenta lo que ellas proporcionan a los diversos luchadores. Como es el caso de la "economía", las ciencias sociales son, en primer lugar, discursos que se realizan en formaciones discursivas particulares que obedecen a sus reglas propias y cambian como efecto de lecturas y escrituras regladas.

Esta investigación, histórica por su forma, no agota el problema. El lenguaje conceptual que pertenece exclusivamente a cada una de las ciencias sociales, incluyendo las condensaciones donde reflexionan sobre sí mismas, ha de leerse tomando en cuenta las conjunciones fácticas entre lo que esos lenguajes dicen y lo que ocurre en el terreno de las luchas políticas.

Vistas así, las ciencias sociales y sus posiciones epistemológicas y elaboraciones "históricas" permiten avanzar en un capítulo de la teoría del Estado: la mutua articulación entre cultura y modificación de lo político. Los discursos de la razón política pueden leerse como formaciones discursivas que aparecen como efecto del saber. La compleja articulación discursiva de estas ciencias engendra saberes acerca de distintos aspectos de la hegemonía. Podríamos conjeturar, además, que constituyen una forma de hegemonía en el saber: piensan la hegemonía y sus mutaciones y colaboran solidariamente para manejarla/cuestionarla.

HECHOS Y PROBLEMAS

Las "ciencias sociales" están en cuestión. Es un hecho. Diagnosticar su "crisis", debatir su estatuto epistemológico, cuestionar su eficacia política... Es un hecho

complejo. Estas "disciplinas", en el pasado inmediato, no escaparon a 1968, aunque el debate había comenzado desde antes. Algunos levantamos el acta de su liquidación, en el papel o en la acción pedagógica, arrojándolas a o con la "ideología burguesa". Otro hecho. Hoy la discusión está lejos de haber sido zanjada. Además, y es también un hecho, las "ciencias humanas", o al menos algunos nombres celebres, han vuelto dándose aires.

Afrontar estos hechos, por sí mismos y en relación con sus raíces y consecuencias, no es disputa entre especialistas. Tomando en cuenta los objetos y la historia de cada una de estas disciplinas, junto con el puesto social que ellas ocupan, hay que pensar que están en juego algunos dominios práctico-discursivos y varias formas de la política actual. Como está en juego nuestra comprensión del sistema del presente, se trata también de nuestra posición y nuestra responsabilidad en el interior de tal sistema. Los cuatro hechos citados —un cuestionamiento global, una liquidación paradójica, un regreso altivo y el sentido y definición de algunas de nuestras tareas— reclaman atención y cuidado.

Por ahora hemos de limitarnos a algunos problemas teóricos. No parece suficiente, si prestamos atención teórica a estos hechos, con establecer empíricamente la existencia de una autonomía discursiva propia de las ciencias sociales. Tampoco basta con probar, también empíricamente, la solidaridad estructural que une el ciclo de nuestra cultura con el despliegue del conflicto entre gobernantes y gobernados.

Los hechos identificados están unidos entre sí y definen en proporción significativa la actual coyuntura teórica de las ciencias sociales. Un cuestionamiento global, como el que hemos protagonizado durante estos años y al que pertenecen, entre otros, los libros que estamos presentando, desembocó en una liquidación paradójica, es decir en un regreso altivo cuando el sistema del presente nos obliga a plantear otras preguntas y a buscar soluciones para problemas inesperados. En el límite, pensar estos hechos entrelazados pone a las ciencias sociales frente a la cuestión crítica de su propia eficacia diferencial.

Un breve repaso de esta coyuntura teórica nos mostrará mejor la magnitud de las dificultades. A lo largo de los años setenta, efectuamos un cuestionamiento cuyo resultado es la liquidación que ahora nos obliga a regresar sobre lo cuestionado. La solución de tal problema depende de interrogar el lugar social del cuestionamiento y de las disciplinas enfrentadas. Para nosotros, se trata del cuestionario clásico de la "superestructura", el lugar social al que por definición pertenecen estas prácticas discursivas. Y, por lo tanto, la delicada cuestión de su "autonomía relativa" esto es, la cuestión de los principios de su eficacia diferencial en el juego de la hegemonía y de la reproducción.

Si establecemos empíricamente la existencia de lazos múltiples y complejos

que ligan el intelecto social con la política, nos vemos obligados a preguntar por la necesidad de tales lazos, por las relaciones entre la "superestructura" y lo político que, también por definición, se encuentra en el mismo lugar social. La autonomía relativa de estos trabajos discursivos que tienen la forma de la ciencia estaría dada por la relación desajustada entre los términos que se presentan unidos sin perder sus características propias: los efectos variables de unos saberes particulares cuya producción y difusión social está entrelazada y condicionada en lo político, mientras que la lucha política solicita de aquéllos una parte de los recursos y modalidades de organización y de combate. Podría sugerirse, además, que la conjugación aludida es el requisito para que esos saberes singulares puedan contribuir a la marcha de la hegemonía.

Una vez que hemos observado la presencia recíprocamente condicionada de lo político y de las ciencias sociales en la superestructura, puede sostenerse que la identificación de un "lugar topológico" en la estructura social permite comenzar a evaluar el carácter de un cuestionamiento global que desemboca en el regreso de lo cuestionado. Es posible un regreso altivo porque las disciplinas en cuestión son relativamente autónomas, de tal modo que sus efectos en la reproducción pasan por su articulación con la política sin que esta última llegue a anularlas.

El cuestionamiento era, desde luego, un efecto directo de lo político. Esto es parte de los hechos que estamos repasando. En el marco del debate se producen relecturas y reescrituras donde la tendencia dominante a la voluntad burocrática de manipulación y orden aparece claramente enfrentada por distintos proyectos de oposición a aquella tendencia: denuncia de ella como rasgo distintivo del conjunto de ciencias sociales, reformulación del estatuto epistemológico de tales discursos, etc. Una parte del debate se libra en el interior de la forma de la ciencia, es decir como discusión tocante a la eficacia explicativa propia de cada una de ellas. El debate produjo, así, desplazamientos significativos en los principios de lectura y escritura. Las disciplinas sociales regresan ciertamente, pero vuelven modificadas.

Debemos identificar mejor la región superestructural ocupada por semejantes saberes. Es empíricamente obvia la acción de un "sistema de ideas" presente en el conjunto de las prácticas y, a su vez, resultado de prácticas específicas. Estas "ideas" se ordenan dentro de discursos que proporcionan un "sistema de representaciones" que buscan unificar las prácticas pensándolas bajo categorías ordenadas y ordenadoras.

En el interior de un tal sistema, las ciencias sociales se singularizan porque pueden estar unidas y las fuerzas que se enfrentan en la historia por conservar, modificar o destruir una forma dada de hegemonía; se singularizan también porque este vínculo depende del despliegue de la forma de la ciencia. El proceso

de esta compleja unidad, donde cristalizan la autonomía relativa y la eficacia diferencial de las ciencias sociales, constituiría una condición para la articulación entre lo político y esta parte de la cultura. Los procesos de formación y cambio de esta articulación, desde luego, varían de una a otra de estas ciencias y varían, asimismo, a lo largo del tiempo. Sin embargo, siempre tienen lugar en la superestructura. Exactamente en el "espacio" donde se producen los distintos mecanismos de la articulación. A partir de este espacio singular, en el juego de la articulación, esos saberes pueden hacer su papel.

Se impone reactivar, a la luz de estas observaciones, la "cuestión de la ideología". Hay que estudiar de por sí el *sistema de relaciones sociales ideológicas* en cuyo interior se producen las "representaciones" necesarias para pensar todas las prácticas. En nuestro caso, representaciones altamente elaboradas como la categoría de ciencia que, al mismo tiempo que unifican los saberes y les prescriben sus metas, les asignan un lugar social desde el que han de actuar en el conjunto social vehiculando el sistema de representaciones.

Dados los objetos de conocimiento que esos saberes construyen, podría sostenerse que, en tanto dispositivos de saber, proporcionan una conexión especial entre el curso cotidiano de la hegemonía y el resto de la superestructura. Lo político sostiene su autonomía relativa siendo el medio de su eficacia diferencial. Las prácticas discursivas a que da lugar el sistema de relaciones sociales ideológicas producen las ciencias sociales y el sistema de representaciones que las soporta. Desde las relaciones sociales ideológicas, el conjunto heterogéneo pero irreducible de explicaciones propuestas para estos saberes está en posibilidad de ligar prácticamente los cursos complejos de la hegemonía cultural-ideológica, la hegemonía política y la hegemonía económica.

Se abre, así, la perspectiva que corresponde al "punto de vista de la reproducción". Sólo en el juego de la "determinación en última instancia" la posibilidad inherente a las ciencias sociales de participar en el vínculo de la hegemonía con la cultura, envuelve la posibilidad de intervenir en la historia de la misma hegemonía. Sólo a través de este vínculo, las ciencias sociales pueden intervenir en la producción y reproducción de la vida material. Ni expresivas, ni mera apología, las ciencias sociales actúan en los procesos contradictorios que unen y desunen la política, la cultura y lo inmediatamente económico de la acumulación.

Se habrá notado que los conceptos aquí evocados como problemas son algunos de los conceptos cruciales de la teoría de los efectos y la necesidad de la lucha de clases como motor de la historia. Esta teoría, el materialismo histórico forma, contradictoriamente, si se quiere, parte de las ciencias sociales, aunque sea a título de lo que en ellas disfunciona. Los conceptos inventariados son parte de la investigación propuesta al comienzo. No se trata de dar cuenta de tales

ciencias desde algún saber absoluto, tampoco empleando un bisturí aséptico y ajeno al cuerpo investigado.

En gran parte, la actual coyuntura de las ciencias sociales resulta de una utilización peculiar de esos conceptos: erigidos, por unos, en adversarios implícitos o confesados, o bien, por nuestra parte, fijados como santo y seña para hablar con las estrellas de la ciencia acerca de un paraíso por venir. En rigor, esta utilización doble constituye uno de los problemas a resolver, porque es una de las causas de la historia de las ciencias sociales. Bastará, por ahora, con insistir en la necesidad de indagar cómo y porqué esos conceptos se han oscificado en el curso del cuestionamiento —y de hecho, desde antes—, qué es lo que han bloqueado, qué es lo que en ellos es obstáculo político-epistemológico, cuáles son las preguntas que están obliteradas... Pero estas páginas no son el lugar apropiado para tratar estas preguntas.

Hemos visto que la investigación del estado actual de las ciencias sociales es impuesta por algunos hechos que, al mismo tiempo, son los problemas que tienen que explicarse. Hemos visto también, como una implicación importante, que esta coyuntura teórico-política exige recomenzar y verificar los conceptos esenciales de la teoría de la historia.

Desde este particular punto de vista, nos parece que los libros de KT y NA contienen problemas y proposiciones muy importantes. A pesar de que responden a proyectos diferentes entre sí, permiten afrontar el problema de la modalidad de autonomía relativa propia de las multicitadas ciencias sociales. Estaría dada, en primer lugar, por el hecho de que son órdenes discursivos irreductibles, como es el caso de la economía, porque las conjunciones conceptuales que constituyen las formaciones discursivas en que se realizan son capaces de producir diferencialmente conocimientos especiales. Estas formaciones discursivas, conceptualmente autorreguladas, contienen la posibilidad de intervenir en el control de lo real, posibilidad que depende de articulaciones específicas con lo político y de la posición que guarde lo político en una coyuntura dada.

La historia reciente de la relación entre el intelecto social y las mutaciones de la hegemonía, al mostrar que es posible estudiar la naturaleza de las fuerzas que soportan y producen esas mutaciones arrastrando a las propias ciencias sociales, es una historia que muestra cómo el establecimiento discursivo de relaciones de determinante a determinado se produce entrelazando con las transformaciones de lo político. Es decir, podemos investigar la formación y modificaciones de una articulación entre términos relativamente autónomos hasta caracterizar una porción significativa del propio Estado moderno.

En nuestros propios términos, cuando la investigación de las ciencias sociales se concentra en analizar la naturaleza discursiva de esos saberes y en el análisis

de las condiciones de su desenvolvimiento permite establecer que se trata de saberes de la hegemonía relativamente autónomos y de una tendencia contradictoria al establecimiento de una hegemonía en el saber. Sólo en última instancia, según articulaciones específicas y mudables, pueden contribuir a la reproducción al proporcionar una conexión posible entre la cultura, lo político y la acumulación.

LA ANALITICA ECONOMICA

En realidad, los hechos citados se entrelazan de manera distinta en cada una de las "ciencias sociales". La índole de sus objetos y las particularidades de su inserción social modifican la forma y el alcance de cada uno de los problemas en cuestión.

Sea la *analítica económica*. Su objeto puede formularse de varias maneras. Análisis teórico-práctico de los mecanismos de asignación racional de recursos escasos en busca del bienestar y/o de la estabilidad. También, análisis predictivo y explicativo del funcionamiento y manejo de la producción, circulación y distribución de bienes o mercancías, este análisis puede proceder mediante elaboraciones matemáticas y tiene el propósito de comprender para guiar. La "economía" puede ser también un análisis de las condiciones de implantación, durabilidad y transformación de las economías de mercado; en fin, puede ser también análisis de la desigualdad económica para evitar y/o reconocer la rebelión.

Con independencia de la manera en que se asuma su objeto, hoy en día esta analítica, en la mayoría de sus expresiones, reclama para sí, desde posiciones epistemológicas más o menos diferentes los títulos de la cientificidad, al mismo tiempo que ha llegado a ocupar un puesto decisivo y contradictorio en el conflicto entre gobernantes y gobernados. Este puesto y este reclamo cobran importancia porque la economía se orienta explícitamente a comprender y manejar —sin otro fundamento que una posición epistemológica y una posición ético-política— los mecanismos del mercado y de la acumulación, a intervenir ahí introduciendo la intensión y la voluntad, la razón, el cálculo, la predicción, el bienestar... Contradictoriamente, además, esta analítica es movilizadada como recurso estatal y como recurso de los gobernados, tanto en sí misma —¿la economía está o no en crisis?— como por el carácter de la política económica que enfrenta entre sí a algunos participantes del bloque en el poder como a éste con los gobernados.

Algunas especificaciones pueden establecerse inmediatamente. Al margen de discusiones epistemológicas, la analítica económica es productiva en términos

cognoscitivos. Saber de la "competencia perfecta" o del "equilibrio estático" es irreductible a la marcha de una planta productiva o de un mercado históricamente existentes, porque se trata de explicarlos y una explicación que tiene la forma de la ciencia no es expresión de su objeto, es una estructura discursiva que argumenta la existencia de unas relaciones causales ofreciendo la posibilidad de controlar lo real a partir de esa argumentación. Irreductible, asimismo, al despliegue de algún proceso político dado, ya que sólo puede actuar ahí bajo la condición inexcusable de explicar aquello que está en juego dentro del enfrentamiento político y si los adversarios están en situación de emplearlo.

Por otro lado, el saber de los "precios" o del "dinero" contribuye a conformar "políticas económicas específicas y, simultáneamente, sin más que una variación reglada en las preguntas pertinentes y en el despliegue de la conjunción conceptual, está en condiciones de contribuir para oponerse a esas mismas políticas. El saber producido por esta analítica despliega su autonomía relativa en el curso de los enfrentamientos que van modificando lo político y la acumulación. La intervención de esta analítica es contradictoria y ella misma presenta contradicciones internas o desajustes discursivos. Se produce saber y se recurre a él dentro de aparatos sociales que, si bien son aparatos de Estado, empresariales, sindicales, partidarios o semipartidarios, no presentan una tendencia unívoca de actuación, más bien, ellos mismos juntos con el saber, representan la materia inmediata del conflicto que se despliega en su propio interior.

Encontramos, después, la dificultad de las condiciones históricas que permiten que esta analítica dé forma a la voluntad política hasta cristalizar en instituciones duraderas. El saber del "crecimiento" o del "desarrollo" como el saber de los "grandes agregados" o de las "leyes de la inversión" tiene como vocación ineludible la reorganización o dirección de una vida nacional concreta. Esta vocación, sin embargo, no depende directamente de ella como saber. De hecho, puede anunciar, dirigir o frenar los cambios, porque es una elaboración discursiva que tiene la forma de la ciencia, pero sólo se convierte en sostén de una administración cuando la política lo permite. La contribución al ejercicio del gobierno depende de la política. La política sólo interviene en el saber desde lejos.

No hay que olvidar la existencia de un subconjunto del intelectual orgánico que soporta la práctica contradictoria de esta analítica. La economía es profesión: educación, carrera universitaria, carrera burocrática y/o periodístico-partidaria. El saber de la "conducta del consumidor" o de la matematización del tiempo de la acumulación, depende de una enseñanza y puede llegar a ser condición y sostén formativo de una actividad pública y base de la existencia civil y política propia de un segmento social identificado por su profesión.

Investigar las ciencias sociales no es una vaga sociología del saber o una curio-

sita historia de las ideas. Es el estudio de una combinación variable y desajustada de prácticas, es el esfuerzo por conceptualizar una combinación reglada y contradictoria de prácticas, agentes e instituciones. Se trata de pensar estructuras de relaciones desiguales y contradictorias que constituyen dispositivos.

La analítica económica se encuentra dentro de un *dispositivo de la economía*, articulación de elementos con historia propia: el discurso económico, el sistema institucional donde se producen y emplean las distintas formas discursivas, el sistema articulado de prácticas de donde nace el saber y que apunta a reorganizar o dirigir y, en fin, el subconjunto del intelectual orgánico cuya vocación lo conduce a hacer de esta analítica una profesión que tendrá el dispositivo como ámbito para evaluar sus resultados.

El dispositivo de la economía, en general, es una "forma de vida" en la época actual. Permite dibujar una región importante del mapa del subsuelo de lo político, porque algunas de sus formas discursivas tratan de pensar los vínculos entre la economía y la política, también porque el dispositivo de la economía está atravesado por la política de tal modo que puede, como tal dispositivo, contribuir a la reproducción: saber que puede vehicular y conformar intereses políticos que apuntan a conservar o modificar la acumulación.

EL DISCURSO ECONOMICO

Para investigar el problema de la "naturaleza y condiciones de existencia del discurso económico" hay que prestar atención a la "estructura dentro de la que se forman los conceptos y explicaciones". Las "bases de un análisis económico", en la posición adoptada por KT, resultan del trabajo discursivo específico que, a principios del s. XIX, "erige en particular concepciones de tierra y trabajo". En general, las categorías empleadas y ordenadas dentro de un discurso sólo existen dentro de éste como resultado de un trabajo propiamente discursivo. No son invariantes.

El problema por otro lado, no se resuelve elaborando una génesis. Cada formación discursiva otorga un carácter especial a sus categorías, según el orden que establece entre ellas y las preguntas que está en condiciones de plantear y/o resolver. A partir de estas regularidades internas, las diversas formaciones discursivas constituyen de un modo específico lo real. En nuestro caso, la disposición categorial de una formación discursiva constituye la organización económica como una red de relaciones especiales.

La "economía" de los ss. XVII y XVIII, principalmente la denominada *political oeconomy*, es una formación discursiva particular cuyas formas de funciona-

miento, ligadas al orden discursivo de la época le permiten constituir la organización económica como un eslabón de la organización política. Esta "economía sólo puede ser pasado del discurso económico cuando este último está constituido como tal. Hay que investigar de por sí las formas en que funciona y se vence cada formación discursiva, estudiar los límites conceptuales precisos que determinan lo que puede pensarse dentro de ella. No hay precursores.

Si se revisa, como hace KT, el juego conceptual de la "renta" como categoría económica y se le compara con el juego de conceptos que la ubica en el orden discursivo del patriarcado y de la propiedad de la tierra en relación con el trabajo, resulta que ni "renta" ni "tierra" ni "trabajo" son necesariamente categorías económicas. La organización conceptual de estos términos bien puede ser la que corresponde a los tratados de manejo agrícola y ganadero. Esta parte del archivo del período alcanzaría para documentar la inexistencia de un discurso económico en esta época. Pero ¿y la *political oeconomy*?

Tomando como hilo conductor la posición de los términos "tierra" y "trabajo" en los textos del período, KT muestra que no corresponden a categorías económicas. Están regidos por una cuestión mayor: la organización y el manejo doméstico (*household*) bajo la cual se piensa la organización política (*polity*) de una sociedad regida por la autoridad de un soberano-patriarca. La organización económica (*economy*) es constituida como parte de la *polity*. Así, el problema "económico" está dominado por el problema político de fortalecer el reino, la nación o el estado. Se trata de incrementar la circulación estimulando el comercio puesto que la base del orden político-económico corresponde a la agricultura.

Esta formación discursiva está orientada a la regulación sabia y justa de la nación. En rigor, el orden social es un orden natural, es decir divino. Los hombres, en particular los agricultores, asisten a la obra de dios, al milagro de la agricultura, al don divino de la cosecha. El político o legislador-administrador dispondrá del saber necesario para preservar el orden existente y acrecentar la riqueza. Para alcanzar este fin la *political oeconomy* se ocupa del problema como los impuestos y la población, al mismo tiempo que establece medios de evaluación la aritmética política que le permiten concebir a la nación como un todo. Al interior de esta disposición conceptual, es posible, por ejemplo, pensar las clases sociales como fases del proceso de circulación. Es posible, también, pensar los distintos trabajos según una jerarquía que remite sus resultados y sus puestos sociales a un esquema militar y fortalecimiento de la nación.

Independientemente de las dos vertientes principales de esta formación discursiva, el mercantilismo y la fisiocracia, la tierra y el trabajo son concebidos como orígenes alternativos de la circulación, estas categorías tienen un sitio dentro del discurso como categorías alternativas para estimular la circulación preservan-

do, así, el orden existente. Es importante observar que ambas categorías están separadas. Si agregamos que, en general, la renta deriva de la tierra en tanto objeto natural y que, además, las modalidades de renta actúan como medios discursivos para pensar el proceso interno de circulación en la *economy*, resulta plausible la proposición de KT: las relaciones económicas no son pensables, no son constituídas dentro de la *political oeconomy*. ¿Qué decir entonces de A. Smith?

Respecto a la *Riqueza de las Naciones*, es preciso tener en cuenta la ambigüedad de sus vínculos con la *political oeconomy*. Existe una clara separación en lo que se refiere a la conceptualización del trabajo, esto es, el trabajo concebido como fondo originario implica una reformulación del concepto de riqueza nacional, del mismo modo la definición del capital o la división de la población, conocen modificaciones relevantes. La índole de estos cambios resulta más clara si tenemos presente que la división del trabajo trata de una distribución de habilidades como diferenciación de tareas personales. La legislación, persistente, sigue abarcando a la *political oeconomy* y la regulación económica sigue dependiendo de la intervención del político. La renta resulta un pago por concepto de uso, también un precio de monopolio por la tierra. La explicación, sin embargo, depende de los poderes naturales que son facilitados al granjero (*farmer*) por el terrateniente.

Ambigüedad acompañada por lecturas peculiares del mercantilismo y de la fisiocracia. Smith se opone a determinar la productividad por la circulación, pero al conectar la renta con el capital sigue privilegiando a la agricultura. A pesar de la letra, queda establecido el malentendido de distinguir la acumulación de metales preciosos o de efectivo. Por un lado, la promoción del libre comercio resultará de la acción legislativa.

La importancia del conjunto de la *Riqueza de las Naciones* no es la de un precursor. Los efectos de esta variante de la *political oeconomy* resultan de su ambigüedad y lecturas peculiares, que debilitan la coherencia de la formación discursiva dominante. Esta característica del texto permitió en los primeros años del siglo pasado efectuar dos lecturas: Smith fisiócrata singular, Smith moralista del trabajo. Revisar este libro asombroso, restituyendo sus nexos con la *political oeconomy*, pone en evidencia que es la moderna teoría económica la que se tiene que proyectar hacia atrás para convertirlo en precursor o fundador. Más importante viene a ser el resultado general. No existe discurso económico en los ss. XVII y XVIII ni a comienzos del XIX.

1815. D. Ricardo. T. R. Malthus, E. West, R. Torrens. La economía política clásica: una forma nueva de argumentar respecto a la producción y distribución de riqueza, esto es un dominio teórico sin existencia previa, una organización

nueva de capital, trabajo, producción, ganancia, tierra y renta. Formación de un discurso económico. Esta economía, en sentido estricto, es una formación discursiva nueva porque rechaza la existencia de una *polity*, abandona la categoría de *household* como punto de apoyo, la circulación, la distribución y la producción son constituídas de una manera nueva. Las teorías de la producción y de la distribución constiyuyen el nuevo dominio de investigación. Este análisis sistemático es posible porque la organización económica es separada de la organización política. Resultan agentes económicos teóricamente definidos por relaciones entre "capital y trabajo"; agentes, pues, que tienen intereses económicos, no personales, formulados a partir de relaciones discursivamente establecidas entre ganancias, rentas, salarios, capital y acumulación de capital. Esta formación discursiva constituye lugares sociales o instancias institucionales (*agencies*) económicas especificadas como tales, no políticas, no legales, no humanas. Estos sitios sociales ocupan un espacio económico que existe por sí mismo, no un sector entre otros de una *polity*: sectores económicos bien definidos por las clases sociales que los constituyen. En la perspectiva de KT, se trata de un efecto de constitución de lo real por la construcción específica de los conceptos aludidos.

No estamos, vale la pena tenerlo en cuenta, frente a la teoría económica moderna. En principio, la economía mercantil construída entonces pensaba una producción agrícola capitalista, es decir giraba sobre la producción de una mercancía principal. En este análisis la circulación es el terreno donde actúa el mecanismo de los precios y el capital, al margen de la distinción entre productivo e improductivo, se refiere a los medios que permiten impulsar hacia adelante la producción. La tierra se volvió una forma del capital. La renta, ahora, permite distinguir entre formas del capital.

La distribución quedará separada de la acción consciente de los agentes económicos. Conectando rentas y ganancias, puede hacerse aparecer tanto el conflicto entre terratenientes y arrendatarios capitalistas —el debate en torno de la renta del suelo— y entre terratenientes y manufactureros capitalistas —debates sobre el precio de los alimentos y sobre los enfrentamientos en torno al proteccionismo.

Si en el horizonte de la *political oeconomy* el trabajo era un arranque posible para la circulación, los problemas nuevos están ligados a las dificultades de medición y generalización que están asociados con el problema del valor. Se trataba de relacionar entre sí las mercancías, por un lado, y relacionar entre sí salarios, ganancias y rentas, por otro. Este debate es bastante conocido para insistir aquí en él.

La elaboración de la economía política clásica corrió una suerte especial.

Entre los años veinte y treinta del siglo pasado proporcionó argumentos en los enfrentamientos relativos a la manera de manejar la organización económica, en particular fue empleada para proporcionar elementos de prueba dentro de argumentos políticos. Esta utilización produjo desplazamientos en su organización interna.

Asistimos ahora a la disolución de la economía política clásica como forma discursiva específica, como una realización del discurso económico. En el curso de los cambios que condujeron el capitalismo inglés de la agricultura hacia la industria, la clase trabajadora se fue convirtiendo en una nueva figura que relevaba al terrateniente de los escritos económicos. Los contendientes relevaron los textos elaborados diez y quince años antes. Desde puntos de vista opuestos, ambas partes encontraron que una teoría de la distribución tan ligada a la renta no permitía determinar con precisión el salario y la ganancia.

Ya J. S. Mill había tocado el problema de construir nuevos principios que tomaran en cuenta el tiempo, la formación de precios y la competencia entre capitales heterogéneos. Los debates en el *Political economy club* contribuyen a una forma de disolución del ricardianismo que abre el terreno para pensar la distribución construyendo de una nueva manera los agentes y las formas de su intercambio. Si bien es cierto que los textos de M. Longfield, N. W. Senior y P. Scrope pueden leerse como argumentaciones reaccionarias o apoloéticas, también es cierto que ellos cambiaron la faz del discurso económico. Desplazaron la renta de su lugar en la economía política clásica al igual que los nexos entre capital y trabajo que ella establecía. No sólo descalificaron los reclamos de los trabajadores, al privilegiar el capital sobre el trabajo, elaboraron una teoría de los precios y una teoría de la producción y la distribución que daría lugar a una nueva formación discursiva.

Hubo otra relectura de la obra ricardiana. Los trabajadores, por un lado, contaron con portavoces propios. Acá la disolución de la obra ricardiana fue distinta. La defensa de los intereses de los trabajadores condujo al concepto lockiano de propiedad y a la moral utilitarista de la felicidad. La teoría de la distribución, junto con el resto de la economía, se convirtió en soporte de una moral. Al mismo tiempo, las relaciones entre los capitalistas y los trabajadores fueron pensadas dentro de un sistema de propiedad económica y de relaciones personales sostenido por el poder estatal. Esta forma del pensamiento y de la acción socialista terminaba argumentando en favor de una lucha contra el Estado para suprimir la dominación del capital sobre el trabajo.

LO POLITICO EN LA ECONOMIA DEL s. XX

A lo largo de la primera mitad del s. XX, una vertiente de la teoría económica ha dirigido su atención al estudio de los mecanismos que determinan la acumulación y el desarrollo del capitalismo. Por un lado, esta vertiente ha buscado explicar la función de los capitalistas, el papel de la ganancia y de la inversión, el funcionamiento de los mercados, los efectos específicos y la necesidad de la moneda. Por otro lado, se ha ocupado en general de las relaciones entre la política y la economía, entre el Estado y el curso de la acumulación, el desarrollo, los ciclos y la crisis.

En general, esta vertiente mantiene relaciones polémicas con el enfoque neoclásico y con algunas formas de la teoría económica posteriores a los años treinta del s. XIX; pero también mantiene relaciones polémicas con el marxismo. La primera lucha la conduce a replantear el carácter de la ganancia, del dinero, etc. La segunda se caracteriza por cierta ambigüedad: tomar en cuenta la elaboración de K. Marx, sin descuidar los aportes clásicos y neoclásicos, tomar en cuenta tal elaboración pero ajustada frente a los cambios ocurridos en el capitalismo después de dos guerras mundiales y de las adaptaciones con que ha enfrentado las crisis. Podría pensarse, además, que esta vertiente se caracteriza por atender estrictamente al papel de lo político —en todo caso, de lo no estrechamente económico— en la marcha del capitalismo.

NA, considerando los nuevos *tableaux économiques*, relée a J. A. Schumpeter, M. Kalecki y J. M. Keynes. Resulta que la teoría económica contiene un conjunto de metáforas políticas del desarrollo, que los nexos entre ganancia y acumulación implica la existencia de un ciclo político, la necesidad de política económica implica el reconocimiento de un proceso de socialización indirecta y el reconocimiento del corto plazo como único horizonte de acción. Podríamos pensar, por nuestra cuenta, que se trata de averiguar si el capitalismo es o no estable en términos de su propio funcionamiento económico. Respecto a la teoría económica, habría que indagar si ella es la ciencia que ha de contestar o bien si ella es el mero trabajo analítico necesario para la cura homeopática del capitalismo.

La insatisfacción con los argumentos disponibles relativos al desarrollo y a la acumulación, conduce a reformular concepciones como las teorías del equilibrio dentro de una teoría del ciclo que sea capaz de comprender las relaciones de separación entre los empresarios y los medios de producción con la necesidad del crédito; del sistema bancario como puesto de comando y el papel propio de los empresarios como agentes económicos de la innovación. Esta insatisfacción no es meramente retórica: aparece impuesta por las crisis y está acompañada

por una clara voluntad de establecer un modelo de explicación causal de las fluctuaciones.

Hay que partir de la discontinuidad, pensarla como modo de operación del desarrollo capitalista. Si se acepta este problema, el desarrollo sólo puede explicarse buscando su componente político: la innovación empresarial. Esta metáfora permite pensar la compleja acción empresarial que no es reductible a pura gerencia o a mera profesión, es un agente político cuyas decisiones modifican provisionalmente el funcionamiento económico. Las categorías económicas por su parte, son reordenadas una vez que se acepta el nuevo cuestionario. El nexo bicondicional entre innovación y ciclo está ligado al reconocimiento de que la existencia del ciclo económico resulta de que el proceso económico es él mismo transformación interna. La ganancia resulta de la innovación, el rédito es función del desarrollo, el capital es un dispositivo de adquisición-control sobre los medios de producción, la moneda es una forma de mando, etc.

Este análisis de lo político como juego de decisiones determinadas que son inherentes al capitalismo, encuentra una tendencia a la estabilidad que es propia del capitalismo como sistema económico. En el marco de esta argumentación, las relaciones entre lo político y lo económico dentro del sistema capitalista constituyen la contradicción que es capaz de modificar este sistema. En cualquier caso, el socialismo sería una transformación que no afectaría el sistema económico como tal.

En términos macroeconómicos, sólo *ex post* la ganancia y la acumulación mantienen una relación continua y lineal. Las decisiones de inversión conservan la forma privada. El proceso de la acumulación no se comporta como una expansión lineal. Las decisiones de inversión obedecen al cálculo de la rentabilidad bruta que está referido a la rentabilidad bruta del período inmediato anterior (rentabilidad conectada a la acumulación bruta y al volumen de la planta productiva del período). La forma privada de la inversión conduce a la temporalidad propia del ciclo, la presencia del tiempo como factor determinante del ciclo: hay una desarmonía temporal entre los flujos y el *stock* de capital fijo que conduce al hecho de una dominación exclusiva del capital. Acumulación y ganancia se contraponen y el proceso se hace estacionario con un carácter estructuralmente desequilibrante, el capital no puede dominar la fuerza temporal que produce su misma determinación.

Por otro lado, la inversión capitalista requiere un mercado de capitales que hace depender la magnitud de la tasa de interés de la oferta y demanda de la moneda. El ciclo estará también ligado a los efectos del control bancario respecto a la relación entre tasa de interés y tasa de inversión. Debe tenerse presente también el hecho de que el cálculo de la rentabilidad está relacionado con el

nivel de los salarios y el nivel de precios. En conjunto, la depresión está presupuesta en el curso mismo de la riqueza nacional. El distanciamiento específico que el ciclo presenta entre ganancia y acumulación impone la necesidad de la intervención estatal para sostener la marcha de la acumulación. Esta intervención no apacigua, hace aparecer una nueva forma de la contradicción debida al papel impulsor de la ganancia. No es posible expandir ilimitadamente la producción.

Las relaciones entre lo político y lo económico —necesidad de una intervención que es contradictoria por sí misma y por la índole del espacio donde actúa— lleva a identificar la existencia de un ciclo político coyuntural condicionado por la necesidad de combinar ganancia y acumulación en el espacio resultante de que lo económico mismo sea un ámbito de lucha por el poder. Queda establecida la existencia de una contradicción entre capital y desarrollo tal que la combinación entre lo político y lo económico es un proceso, no una yuxtaposición. En fin, precisa conducir estos problemas al seno mismo del campo semántico de la teoría económica.

En el marco del tratado de Versalles y de la reconstrucción alemana, reconstruir Europa quiere decir rehacer una sólida adhesión política entre las clases sociales. Esta perspectiva comprometedora rige la búsqueda de las causas que convierten los valores monetarios en punto de apoyo de todo el equilibrio social: condición de desequilibrio y factor de estabilización potencial.

La forma privada de las decisiones económicas, patología del desarrollo capitalista, convierte el dinero en broche del proceso de formación de capital, pues tal proceso depende de la relación entre ahorros e inversiones que, a su vez, obedecen al valor del dinero. El proceso de ajuste no es automático. Es preciso regularlo para estabilizar la relación mencionada actuando sobre los precios y favoreciendo las condiciones necesarias para la estabilidad de la acumulación. Será posible, entonces, un compromiso social entre las clases actuando sobre las tendencias inflacionarias y deflacionarias que amenazan tal compromiso.

Basta esta formulación del cuestionario, elaborada en los años veinte, para poner en evidencia la dificultad especial de pensar la necesidad de la política económica y la complejidad de ponerla en práctica. La "defensa desencantada" del capitalismo consistirá también en un esfuerzo por replantear la teoría económica: replantear discursivamente las relaciones entre lo político y lo económico que estaban cambiando a ojos vistas. Es el carácter, aquí también contradictorio de la acumulación, lo que impone la pertinencia de la socialización indirecta, la regulación de las decisiones de inversión a través del control de los nexos temporales y del nivel de los salarios. Buscar en el corto plazo la regulación desde lejos del mercado.

La nueva teoría, que concibe la circulación monetaria como un sistema de decisiones diferenciadas, habrá de plegarse a la realidad y funcionar, como es el caso de la acción sobre la tasa de descuento, al modo de una técnica apoyada en decisiones razonadas para resolver problemas determinados en la regulación monetaria. Digamos que el carácter contradictorio de la acumulación queda, así, fuera de la teoría: la búsqueda de una socialización indirecta tendiente a neutralizar las indeterminaciones temporales del funcionamiento capitalista y a definir los correspondientes mecanismos de dominación. La teoría se resuelve en política económica que prescinde de una "ciencia" porque sólo pueden formularse las condiciones operacionales de la política.

Como se sabe, el conjunto de este proyecto sufrió modificaciones al enfrentar los efectos de la crisis de 29. NA sostiene que es pertinente leer el texto de 36 buscando los rasgos específicos de la concepción particular de lo político que ahí es elaborada. En particular, la concepción de la teoría económica, a nuestro parecer, resulta precisado considerándola como una argumentación analítica orientada al control deliberado de los principales mecanismos reguladores de los efectos engendrados por la combinación de producción y la ocupación.

Esta argumentación, que reconoce la existencia de un principio de indeterminación, es función de certeza, no de verdad, para contribuir eficientemente al libre juego de las fuerzas económicas. Con mayor amplitud, una vez que la teoría económica redescubre lo político puede encontrar el fundamento de sentido que le permite sostenerse sobre la existencia de un esquema de las relaciones de fuerza que rige también el funcionamiento de su misma estructura analítica.

Es este un resultado particular de la concepción política que gobierna la *Teoría general*. El movimiento que va de la reelaboración de las relaciones entre oferta y demanda y el distanciamiento de la teoría neoclásica de la distribución, que después vincula rédito y nivel de ocupación, para pasar (desde la propensión marginal al consumo) hasta el mecanismo del multiplicador de la inversión/ocupación donde el nivel de créditos se expresa como variable que condiciona la igualación de ahorro e inversión y la relación inversa entre ahorro y tamaño de la tasa de interés, es un movimiento que conduce a la forma misma de lo político keynesiano.

Como fondo de riqueza hay una forma específica de autonomía monetaria. Además, pasando de la distinción entre volumen y dirección de la inversión, el concepto de eficiencia marginal permite localizar el papel del Estado como un apoyo de la demanda agregada que se funda en la determinación de un volumen de inversión idóneo para garantizar las convenciones remitiendo al pleno empleo la acción de los fenómenos cualitativos. "Lo político en Keynes no es, en primer lugar, la determinación estatal de la inversión. Lo político es ante todo, la conste-

lación analítica que decide acerca de las características de esta intervención y que determina su funcionamiento como condiciones de delimitación del horizonte de movilidad de las relaciones de fuerza".

Parece posible investigar el carácter complejo de las ciencias sociales tomando como hilo conductor los hechos y problemas que delimitan la coyuntura que atraviesan en la actualidad. Dentro de esta investigación puede separarse el problema de la articulación entre discursos y razón política. A propósito de la "economía" —que proponemos considerar como una analítica que actúa dentro de un dispositivo relativamente autónomo integrado en la hegemonía—, la obra de KT permite establecer rigurosamente la existencia autónoma de un discurso económico fechado y localizado, diferente por sus principios de otros discursos y formaciones discursivas, capaz de constituir lo económico como tal y susceptible de transformaciones internas. NA, propósito también de la economía, muestra que la disciplina en cuestión no sólo está determinada por lo político, ella misma contribuye a su constitución y ampliación: el subsuelo de lo político moderno aparece en los textos de la economía y ella, en tanto saber singular, forma parte de tal relación de fuerzas.

Los resultados obtenidos por ambos autores dependen de una toma de posición filosófica de gran interés. KT recurre a la obra de G. Canguilhem para elaborar su rechazo de las historias de la economía y construir su concepción del discurso económico. NA considera que es necesario estudiar el nexo entre lo político y el intelecto social prescindiendo cualquier juicio abstracto sobre la verdad o falsedad de las posiciones: la acumulación de teoría procede como un album. A nuestro modo de ver, sería preciso sostener que los éxitos obtenidos están ligados al hecho de que no emplean ninguna teoría del conocimiento, se dirigen a las prácticas mismas y a su posición en la estructura social. El problema que así se abre —papel de la lucha filosófica en la eficacia diferencial de los dispositivos de las ciencias sociales— que conduce a la lucha ideológica escapa, por ahora, a esta recensión... ■

Se terminó de imprimir en el mes de noviembre
de 1982 en la Imprenta de Juan Pablos, S. A.,
Mexicali 39, 06100, México, D. F. 2,000
ejemplares y sobrantes.